



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 12555

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Administración y Redacción, Mayor 24

LUNES 14 DE SEPTIEMBRE DE 1903

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras fáciles cobro.—Corresponsales en París, A. Lavette rue Cauvart 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

ESTADÍSTICA

La Dirección de los servicios sanitarios, ha publicado el Boletín correspondiente al pasado mes de Agosto.

Ojeando el cuadro de meteorología inserto en la primera página, vemos que la media barométrica en el citado mes fue de mm 761'7, acusando el termómetro la máxima temperatura el día 31 (34'2) y la mínima el día 19 (17'5).

La temperatura media fue de 25'1.

Los vientos reinantes en el mencionado período fueron casi en totalidad del NE. y S. En cuanto á su intensidad no paso de calma 17 días, de brisa 12 y de viento propiamente dicho 2. La fuerza media fue de 10) kilómetros en las veinticuatro horas, y la máxima 281.

En cuanto al cielo, estuvo 19 días despejado, 4 nublado y 8 cubierto, siendo uno de estos últimos de lluvia que alcanzó en el pluviómetro una altura de 18 milímetros.

Los nacimientos registrados fueron 233, dividiéndose en 120 varones y 113 niñas, siendo 13 de los primeros y 10 de los segundos ilegítimos, ó sea el 9'87 por 100 de la cifra total.

Las defunciones subieron á 171, y deducidas de los nacimientos dan una diferencia de 62, que es el aumento que ha tenido la población durante el mes de Agosto.

Obsérvase este mes la particularidad de que tanto la ciudad como los barrios extramuros y las diputaciones del campo han contribuido al aumento, la primera con 20, los segundos con 21 y los últimos con 21 también.

Del aumento en los barrios corresponden 2 á San Antonio Abad, 1 á Santa Lucía, 1 á la Concepción y 4 á los Molinos.

En algunas diputaciones no se han registrado nacimientos. Tal ocurre con Lentiscar y Médicos.

En otras no ha habido defunciones, como en la Magdalena, Lentiscar, Médicos, Miranda, Santa Ana y San Félix. Y no han sufrido alteración alguna, por no haberse muerto ni nacido nadie, Lentiscar y Médicos.

Como siempre, la primera infancia es la que ha contribuido más á la cifra de las defunciones. De uno á cuatro años fallecieron 84. La muerte natural está representada por la cifra 10. Es decir, han fallecido 10 personas cuya edad pasaba de los ochenta años.

Las desinfecciones practicadas han sido 17. De ellas 5 en la ciudad, 5 en los barrios extramuros y 7 en las diputaciones del campo.

El servicio de vacunación se ha practicado dos veces por semana, porque no se ha necesitado ampliarlo á más días.

En el primer semestre se han verificado 703 operaciones de vacunación, de las cuales no dieron resultado 29 y se han hecho 91 revacunaciones, 15 con resultado negativo.

El total de operaciones hechas ha sido de 794.

Las recetas facilitadas por los médicos titulares á los enfermos pobres suman 3130; habiéndose facilitado también 18 ampollas de suero antidiftérico para la curación de la difteria.

La policía de substancias decomisó 21 litros de leche adulterada, 350 kilos de salazones en mal estado, 90 de frutas verdes ó pasa-

das, 32 de pescado averiado y unas res lanar.

Las atrocidades de Krashevo

Durante varios días los turcos y los búlgaros se han estado recriminando mutuamente por las matanzas, incendios y saqueos de Krashevo.

Por fin, han llegado relatos auténticos de testigos presenciales de los hechos, como probados por los cónsules y otras personas ajenas á uno y otro bando, y ya no cabe duda acerca de la parte que corresponde á cada uno en las atrocidades allí cometidas.

Causa horror la lectura de estos relatos. Un domingo, una partida de unos 200 á 250 búlgaros apareció de improviso en Krashevo y rodeó los cuarteles y las viviendas de los funcionarios turcos. Los que de éstos trataron de ocupar fueron fusilados, pero sus mujeres y sus hijos fueron respetados por los insurrectos.

Cortaron éstos, además, las comunicaciones telegráficas, y todas las oficinas y casas turcas, religiosas, en total, fueron destruidas, ó con dinamita ó por el fuego. Las llamas se extendieron y comunicaron á otras sesenta casas habitadas por griegos y rumanos.

En el resto de la ciudad, los rumanos se atrincheraron en una casa, y se prepararon á salir hasta el día siguiente, bajo la promesa hecha por los búlgaros de que no se les haría daño alguno.

Los hombres, sin embargo, fueron obligados á incorporarse á los insurrectos, quienes los proveyeron de hechas, chuzos y otras armas semejantes por carecer de fusiles.

Los rebeldes exigieron y recibieron de la ciudad rumanos para alimentarse mientras allí permanecieron, y levantaron—se dice—una contribución de 2.000 libras turcas, ó sean unos 10.000 duros. También requirieron cuanto plomo y cobre había en la población, con objeto de fundir proyectiles.

Los turcos de Monastir, capital de la provincia, al notar que las comunicaciones con Krashevo se hallaban cortadas, envia-

ron una pequeña columna á practicar un reconocimiento.

Los rebeldes búlgaros, entonces, ocuparon todas las alturas que rodean á Krashevo formando defensas naturales, y rechazaron la columna turca.

En su consecuencia, organizó en Monastir una división de 7.000 hombres, con dos baterías de artillería, que dirigiéndose nuevamente hacia Krashevo, emprendieron el ataque de los búlgaros al amanecer. Los partidarios se resistieron tenazmente hasta la caída de la tarde, ocasionando grandes pérdidas á los turcos y salvando ellos muy poco, á causa de lo fuerte de las posiciones de los rebeldes.

Al amanecer, los búlgaros se retiraron en buena orden, llevando consigo todos sus heridos y el material de que disponían.

Notando que el fuego había cesado, los turcos avanzaron sobre la ciudad que tiene una población de unos 10.000 habitantes, la mayor parte griego-valaco, con dos barrios muy reducidos, habitados por búlgaros.

Los turcos entraron sin hallar resistencia alguna, quemaron 200 casas y saquearon las restantes.

Algunas mujeres que trataron de escapar bajo sus vestidos sus alfileres y otros objetos de valor, fueron públicamente desnudadas y sus alfileres arrojados al suelo. Muchas de ellas fueron heridas y algunas muertas. Los turcos se apoderaron de algunas de las afueras de la población.

A pesar de hallarse completamente desarmados á habitantes, entre ellos algunas mujeres y niños, fueron asesinados por los soldados turcos.

Algunos de los hombres murieron al tratar de oponerse á que sus mujeres é hijas fueran atropelladas por los turcos. Los oficiales no hicieron el menor esfuerzo para contener á sus soldados.

Fué digno de notarse que los turcos no tocaron á los barrios búlgaros por miedo á que estuviesen minados y que las bombas de dinamita estallasen al poner en ellos los pies las tropas.

Después de cometer las atrocidades antes mencionadas, los turcos intentaron obtener un documento firmado por los princi-

pales habitantes de Krashevo, y en el que constase que todos los incendios, matanzas y atropellos habían sido cometidos por los rebeldes búlgaros; pero fueron muy pocas las personas que atomizadas, firmaron la declaración, pues en el entretanto las comunicaciones con Monastir habían quedado restablecidas, y los cónsules de esta capital tuvieron tiempo de llegar á Krashevo y obtener relaciones múltiples y perfectamente garantizadas de la verdad de lo ocurrido.

Después de haberse consumado los productos del saqueo á Prilep y Krashevo, donde públicamente vendieron su botín.

DIAMANTES EN BRUTO

En Johannesburgo, según los periódicos ingleses, se ha encontrado hace unos días en una mina un diamante que pesa la friolera de 280 quilates, más ó menos el telégrafo, que el del Gran Mogol, valiendo en más de once millones de pesetas.

Hay una noticia que puede y debe interesar al dueño de muchas de nuestras más entusiastas admiradoras de diamantes.

La pasión por esas piedras preciosas constituye para algunas damas casi un culto. No se considerarían felices si no pudiesen lucir joyas de tanto valor y mérito, y el intríngulis está en que ninguna otra dama tenga tantas ni mejores joyas que las suyas.

Por eso, aun cuando nada se diga á inocentemente la tal noticia, puede producir y de hecho producirá algún grave conflicto en las familias adineradas.

Es de presumir que el encontrado en Johannesburgo sea un diamante en bruto, porque los diamantes no concen ya pulidos como los venden en la tienda, sino como si dijéramos, toscos y groseros.

Se trata de un diamante que no ha sido puesto en la mina por la inteligente mano del hombre, sino por la sabia y previsora de la divina Providencia.

Quien se lo haya encontrado probablemente algún obrero esos que están bajo la vigilancia de las compañías explotadoras, no tendrá ni siquiera el consuelo de saber

Probad el Licorero de HENRI GARNIER y C.

DOS MISERIAS

77

76 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

DOS MISERIAS

73

Entró dos horas después con el aire tan tranquilo como antes.

—¿Y bien?—le preguntó.

—¡Fardas! Teni as razón,—dijo arrojando su sombrero sobre un silla.

—¿Cómo? Rosalia,—exclamé yo.

—Adivina á donde ha ido al salir de aquí.

—Donde ha ido, ¡acobadi!

—¡A arrojarse en el Sena!

—Yo lancé un grito de horror.

—¡Oh! tranquilízate,—añadió Figel que estaba tranquilamente cargando su pipa,—la han salvado.

—¿Cómo lo habéis sabido?

—Por Santiago Fourreau que estaba allí.

—¿Pero dónde está ella?

—Eso no lo sé. Después que la han salvado creo que se la ha llevado una de sus compañeras.

—¿Y no os habéis informado dónde hallaría?

—¿Para qué?

—Yo miré á Figel; había en su mirada una impasibilidad forzosa que me dió miedo; tomé rápidamente mi sombrero y me dije:

—¿Á dónde vas?

—A buscarla.

—¡No, no por favor,—dijo vivamente cogiéndome por la mano.—Creería que te envío yo y sería preste para volvernos á arreglar.

tar de mí la idea de este momento que había de llegar; pero ya es preciso tomar un partido. En esta vida hay demasiada humillación; es preferible acabar.

—Acabar!—exclamé yo;—¿qué pensáis hacer?

—Ver á Enrique, primero; hablarle al alma.

—¿Y después?

—Después... ¡que Dios tenga piedad de mí!—añadió ocultando el rostro entre ambas manos.

No pude obtener otra respuesta á pesar de todas mis súplicas, y tuve que dejarla sin haber penetrado sus proyectos.

Encontré al pie de la escalera á Enrique al que conté rápidamente lo que me había pasado y se lo conté con la asociación natural de mis pocos años. Enrique me escuchó tranquilamente y se contentó con decir:

—Allá veremos.

Yo pasé una noche agitada; corría al día siguiente á casa de Figel y le encontré solo, diciéndome con la mayor serenidad, que después de la explicación que habían tenido había partido Rosalia.

—¿Y no la habéis detenido?—exclamé.

—Esa inútil, ya volverá.

Nada dije, porque no quería manifestar mi inquietud; sin embargo al día trascurrió sin que pareciese Rosalia; pero se manifestó mi temor, prometiéndome Figel que iba á salir y que se informaría.

—Cambiando de amor.

La joven se encogió de hombros.

—No estoy para bromas, Luis.

—Tampoco yo hablo en broma. Vuestra historia con Figel ¿no ha concluido?

—¡Oh! hace mucho tiempo.

Pues bien, empezadla con otro, conmigo.

La joven me miró.

—Cualquiera diría que habláis de veras.

—¿Y lo dudáis?—exclamé yo llevándome mis labios á su mano.

—¿Cómo? ¿Todas esas palabras de amor que me dirigís de algún tiempo á esta parte...?

—Son sinceras.

—¿No eran para hacerme reír?

—No, eran para hacerme amar.

Miróme frente á frente y me dijo:

—No hay duda que Enrique tiene en vos un excelente amigo.

—¿Un amigo modelo,—exclamé yo,—y la prueba es que quiere imitarle en todas sus aficiones, participando de todos sus gustos.

Rosalía sonrió y dijo:

—¿Tendréis al menos su permiso?

—Le tengo dicho yo con atardecimiento:

La joven se levantó enérgica.